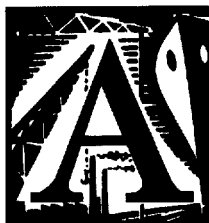


# EL MONUMENTO AL ALMIRANTE OQUENDO: SAN SEBASTIÁN, 1894



CASO háyase comentado ya en la REVISTA GENERAL DE MARINA algún aspecto sobre el monumento que la ciudad de San Sebastián alzó en 1894 a la memoria de uno de sus preclaros hijos, el almirante don Antonio de Oquendo y Zandátegui (San Sebastián, 1577-La Coruña, 1640), hijo del marino don Miguel y de doña María. Azarosa, arriesgada, valiente y heroica vida la de este marino donostiarra, que cubrió de gestas todos los mares y océanos. De esta su vida hizo extensa y documentada biografía, en 1943, el que fuera también almirante español don Rafael Estrada Arnaiz (†1956). Conocida es también la fama del otro Oquendo, don Miguel, habido fuera del matrimonio de don Antonio y doña María de Lazcano. El almirante Oquendo tuvo amores, en una de sus arribadas a Cádiz, con la hermosa joven doña Ana de Molina y Estrada. Y nació de ese amor pasajero el hijo Miguel (por su abuelo paterno), al que reconoció y adoptó como propio la viuda de don Antonio a la muerte de éste. Devoto y amante de su padre fue este Miguel de Oquendo, pues de él escribió y publicó una biografía, al que consideraba héroe cántabro, pues fue almirante de la Escuadra de Cantabria.

Deseo empero aportar aquí el testimonio de un testigo presencial de excepción que se encuentra, en los días de la inauguración del monumento al almirante Oquendo, en San Sebastián en septiembre de 1894. Ha venido a España un viajero francés en viaje de recreo «para verlo todo», como afirma. Se trata del delicado, curioso y polifacético novelista y descriptor del paisaje y de las tradiciones galas monsieur René Bazin (Angers, 1853-París, 1932), que después, en 1903, será elegido miembro de la Academia Francesa. Años después, ya académico, lleva a la imprenta las impresiones de su recorrido viajero por España (llega hasta Cádiz) en un libro, del que desconozco versión española alguna.

Era el 12 de septiembre de 1894 cuando el señor René Bazin llega a San Sebastián. Ha venido por Irún, y en tren, en Pasajes, divisa la rada, y en ella fondean «dos barcos de guerra españoles, con empavesadas al aire, porque hay una fiesta en San Sebastián, una gran fiesta en honor del Almirante Oquendo, un bravo marino del siglo XVII, olvidado algún tiempo, quien por fin ya tiene hoy su estatua».



Monumento al almirante Oquendo, jardines de Oquendo, San Sebastián. (Foto: I. Puente Urruzmendi).

El viajero francés se instala en el hotel; pero, curioso que es, corre, escribirá después, hacia donde se agolpa el gentío, al otro lado del puente, frente a la estación. Se esfuerza en mirar por sobre tantas cabezas y ve «un baldaquín de satén rojo que el aire mueve, penachos blancos, filos de bayonetas inmóviles, gallardetes, altos, rojos y amarillos, en la punta de los mástiles que decoran el paseo de Zurriola». El pobre visitante no consigue acercarse, y oye decir que allí está Su Majestad la reina, «vestida de gris perla, y el joven Rey, en uniforme de marino». Pero consigue ver el desfile de las tropas: marineros del *Alfonso XII* y del *Reina Mercedes*, infantería y artillería. También distingue a muchos «personajes en uniforme, entorchados, muy dignos, cabeza descubierta, frente al trono, flanqueados por los maceros del Ayuntamiento, más relucientes éstos que sus principales, revestidos de una especie de dalmática bordada en oro».

Este buen y esforzado viajero decimonónico René Bazin, narrador preciso, cronista fiel, deja escritos detalles de la ceremonia que presencia con dificultad. Por ello, cuando el cortejo real, con la reina regente, doña Cristina, su hijo Alfonso XIII, ya cumplidos los ocho años, ministros y personalidades se retiran al son de las músicas militares, el viajero francés se acerca al «Monumento del buen Oquendo, a pesar de todos los petardos que suenan al explotar, cohetes que se abren como una flor en el aire, casi invisible en el aire tamizado por el sol». El francés confiesa, rojo de vergüenza, que desconoce al héroe, pero lo contempla allí, «elevado de pie, alzando su espada con la mano derecha, apretando con la otra una bandera contra el pecho. Sobre el pedestal leo la inscripción siguiente: “Al gran Almirante don Antonio de Oquendo, cristiano ejemplar, a quien sus enemigos declararon invencible, la ciudad de San Sebastián, orgullosa de tal hijo, ofrece tributo de amor. San Sebastián, 1777-La Coruña, 1640”». Veremos después que el escritor y viajero francés no traduce bien la leyenda que allí figura.

René Bazin, y sigo traduciendo casi *ad pedem litterae*, lee aquella inscripción al tiempo que varios «bascos» (*sic*) observan y hacen lectura (está en

vasco también) de la leyenda y del monumento. Se fija el francés en un «pequeño Basco, de cara inteligente, obstinado, uno de esos apasionados que se esfuerzan, entre el gentío, en buscar a quien no sabe para explicárselo todo». Aquí aparece otro testimonio, el del vasco, a no ser que sea artificio literario del autor, pues va a descubrirle la personalidad del almirante Oquendo.

Ese pequeño y entrometido «basco» le dice al forastero que «el Almirante Oquendo nació allí abajo, en una humilde casa, que aún se ve al pie del monte Ulía (sic), porque todos los Bascos son gentileshombres, *Monsieur*, y poco importa la cosa: así, cuando había necesidad de pruebas de nobleza, antes de 1868, para ingresar en ciertas escuelas, un «Basco» sólo había de presentar dos documentos, el acta de nacimiento de su padre y de su abuelo, nacidos en una de las tres provincias».

El observador francés va recibiendo noticias de boca del desconocido informador local, y llega a comprender «al gran Oquendo que fue terror de los Holandeses, quienes le declararon invencible, y quien se retiró un día vencedor, para morir de fiebre». «Fue una muerte de héroe, afirmaba el desconocido donostiarra. Y ahí le tiene usted, vea su rostro, ¿es el de un hombre de honor? Oquendo navegaba cerca de San Sebastián, enfermo, se sentía morir. Sus marinos le pedían si deseaba desembarcar para reponerse entre los suyos. Y él contestó que tenía orden de arribar a La Coruña, e hizo saludar con 21 cañonazos al Santuario de Lezo. Ya en Coruña, en la cama, a punto de morir, pidió un vaso de agua fresca, lo acercó a sus labios resecos, y sin beber, lo dejó sobre la mesilla, y dijo que lo ofrecía a Dios, y enseguida entregó su alma».

Entusiasmado el viajero de oír tales cosas de este hombre, se preguntó por qué le habían dejado en el olvido durante tanto tiempo. Y aun narra una maledicencia el escritor galo sobre la estatua del almirante Oquendo, puesta en boca de unos marineros de los destructores franceses anclados en la rada. Uno de aquellos preguntó si era de bronce la estatua, pues han oído decir que «la estatua habíase quebrado mientras estaba en fundición, y habían tenido que rehacer en yeso al buen hombre. “¿No se lo ha dicho su vecino informador, *Monsieur*? ¡Pobre hombre, el Almirante, que no va a tener su bronce!”».

La duda le quedó al viajero, aunque a él le parecía bronce auténtico, pues estaba muy alta. El almirante don Antonio de Oquendo, en estatua de bronce, desde esos días de la primera decena de septiembre de 1894, se alza, victorioso de mares y de enemigos, en los llamados Jardines de Oquendo, junto a la margen izquierda del río Urumea, a escasos 200 metros de su desembocadura. Flanquean hoy el monumento a Oquendo el teatro Victoria Eugenia y el hotel María Cristina. En sendas placas de mármol, en las caras anterior y posterior, ésta en vascuence, reza la siguiente leyenda:

«Al gran almirante / D. Antonio de Oquendo /  
experto marino / heroico soldado /cristiano piadoso /

que al declinar el poderío / de España/  
supo mantener en cien combates /  
el honor de la patria /debe este tributo de amor /  
la ciudad de San Sebastián /  
1577-1640»

Desconocía el escritor René Bazin que la Armada española había honrado al almirante don Antonio de Oquendo y Zandátegui grabando su nombre sobre el casco de un crucero. El crucero *Almirante Oquendo* habíase botado en Bilbao el 3 de octubre de 1891, gallardo y marinero en su nacimiento; y en ese septiembre de 1894 pertrechaba en Ferrol, recibía tripulación esperanzada en travesías felices y victoriosas y no podía saber de su triste final en los arrecifes cercanos a la boca del puerto de Santiago de Cuba. Sin embargo, en imitación de quien lleva su nombre, ese crucero del 98 ha dejado alzada sobre la mar la boca erguida de su cañón invicto.

Ramón LLORENS BARBER



#### BIBLIOGRAFÍA

- BAZIN, René: *Terre d'Espagne*. París, Calmann-Levy, Edit. (S. A., después de 1903), 336 páginas.
- ESTRADA, Rafael: *El Almirante don Antonio de Oquendo*. Madrid, Espasa-Calpe, 1943, 182 páginas, láminas.
- OQUENDO, Miguel: *El héroe cántabro: vida del señor don Antonio de Oquendo*. Toledo, 1666.
- PUENTE, Iñigo: Fotos hechas en 1998 y datos técnicos, artísticos e históricos sobre este monumento.